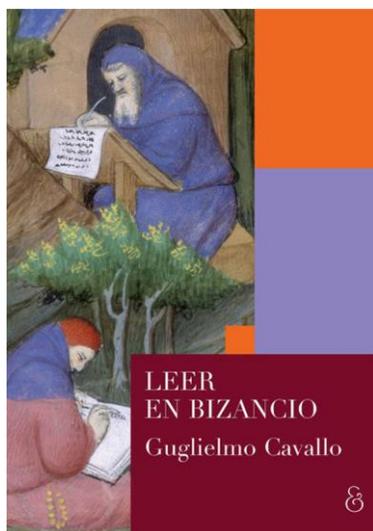


## SOBRE *LEER EN BIZANCIO*, DE GUGLIELMO CAVALLO

Camila Belelli  
Universidad de Buenos Aires  
[camila.belelli@gmail.com](mailto:camila.belelli@gmail.com)



∞

*Leer en Bizancio*, de Guglielmo Cavallo;  
Buenos Aires: Ampersand, 2017; 292 pp.;  
ISBN: 978-987-4161-03-1.

Guglielmo Cavallo es un reconocido paleógrafo italiano y profesor, desde 1978, de Paleografía Griega en la Universidad de Roma “La Sapienza”. Sus numerosos trabajos publicados acerca del mundo bizantino dan cuenta de la experticia del autor en dicho período medieval griego. También fue coordinador, junto con Roger Chartier, del volumen *Historia de la lectura en el mundo occidental* (1997). *Leer en Bizancio* constituye un estudio exhaustivo acerca de las prácticas de lectura en el mundo bizantino. Cavallo parte de la máxima que sostiene que la lectura no es una invariante antropológica, sino “una práctica que se transforma según los tiempos, los lugares y los contextos” (23). El método de investigación más fiable pasa por un análisis minucioso de las fuentes, y Cavallo hace honor a su profesión de paleógrafo: comienza el primer capítulo del libro detallando las fuentes en las que se basa para su estudio –producción documental, fuentes literarias, catálogos e



---

---

inventarios de bibliotecas, libros producidos en el milenio bizantino y aún conservados— y también qué se puede obtener de cada una de ellas. A lo largo de toda la obra se recurre a una amplísima cantidad de materiales que justifican cada dicho del autor (prueba de esto son las numerosísimas notas al pie presentes en casi todas las páginas) y que permiten al lector un contacto casi directo con la cultura bizantina. Es preciso destacar también el empleo de ilustraciones que acompañan y sirven de apoyatura al texto, y que además, por supuesto, son empleadas como fuentes. Cada una de ellas presenta su correspondiente epígrafe que aclara qué se ve en la imagen y dónde se encuentra el original. La misma información es brindada al lector con el formato de un índice al comienzo del libro.

La obra está estructurada en doce capítulos. En el primero de ellos, “Una historia posible”, encontramos, como ya dijimos, una extensa descripción de las fuentes que se utilizarán y los fundamentos teóricos en los que se basa Cavallo para su historia de la lectura. Luego se ofrece un breve resumen de lo que abarcará cada capítulo, trazando así el recorrido que seguirá el texto. El primer paso consistirá en remontarse a la herencia grecorromana con el fin de comprender las continuidades y rupturas con ella que pueden encontrarse en Bizancio; sobre este tema versa el capítulo II, “La herencia grecorromana”. El III, “Aprender a leer y escribir”, y el IV, “Convertirse en lectores”, tratan acerca de los niveles de instrucción de los individuos y del acceso a la lectura durante el período estudiado. El autor analiza (siempre con suma cautela, puesto que establecer categorías precisas es sumamente difícil) cada figura de “lector” en particular, desde aquel escasamente instruido hasta el que alcanzaba el grado más alto de estudios. Entrecorramos al “lector” porque Cavallo entiende que la capacidad de leer no hacía de la persona un lector, sino que esa categoría estaba reservada a quienes poseían instrucciones y competencias lingüísticas adecuadas a la lectura de libros en particular. Por otra parte, un aspecto a resaltar de esta historia de la lectura en el mundo bizantino es que se incluye siempre a las mujeres, ya sea mencionando en cada capítulo pertinente su casi completa exclusión del público lector, o bien dedicando tiempo de análisis a las figuras que no encajan en el patrón tales como Irene Ducena, Ana Comneno, Irene Eulogia y otras.

El capítulo V, “Lo escrito, la voz, la imagen”, nos sitúa en los niveles más altos de la cultura para analizar allí lo que Cavallo define como un nexo inextricable entre el acto de lectura, la voz y la imagen. El capítulo VI, “La lectura en escena”, desarrolla los contextos y modalidades que asumía la práctica de la lectura en situaciones públicas. En el capítulo VII, “El cruce entre lectura y escritura”, se introduce el concepto nodal que describe la forma de lectura que prevalecía en Bizancio: la lectura intensiva, “efectuada según modalidades orientadas a una apropiación completa y plena del texto” (131). También aquí se despliega el análisis de la consecuencia necesaria de la lectura intensiva, a saber, la utilidad. En Bizancio era el provecho (*kerdos*) intelectual, moral o de otro tipo lo que justificaba la operación misma de la lectura.

En el capítulo VIII, “El lector común”, pasamos a una categoría mucho más imprecisa y difícil de definir, la de los lectores comunes, es decir, aquellos individuos que no poseían una cultura sumamente elevada pero que tampoco contaban simplemente con una instrucción básica. La figura del lector común se mantiene indefinida “tanto porque el grado de instrucción podía oscilar desde el medio-alto al medio-bajo, como porque la cantidad y los géneros de las lecturas practicadas debían ser distintos” (158). Este capítulo constituye un exponente de la metodología empleada por Cavallo: allí donde es difícil generalizar y definir, se limita a ofrecer al lector testimonios directos de casos concretos brindados por las fuentes, que explicitan precisamente la

multiplicidad que se intenta abarcar. Cecaumeno, Eustaquio Boila, Juan Comneno Sinadeno y Manuel Ángelo son algunas de las figuras que el autor hace emerger de los documentos para informarnos acerca de sus prácticas de lectura.

El capítulo IX, “Hábitos de lectura”, trata acerca de la diversidad de los contextos y situaciones en los que se llevaba a cabo la lectura en Bizancio. El X, “La escalera al paraíso”, está dedicado específicamente a uno de estos contextos: se aborda aquí la lectura monástica, entendiendo al monaquismo como un fenómeno muy complejo que merece especial atención. El capítulo XI, “Cuando el lector aparece”, se aboca al estudio de las huellas directas que ha dejado la lectura en los libros que sobrevivieron: los *marginalia*, entendidos como “aquellas intervenciones que nacen del juego de las emociones y las reacciones entre quien lee y el texto” (240). El capítulo XII, “Y para terminar... el libro”, se dedica al análisis del objeto-libro y de su materialidad. El libro en sí mismo juega un papel central en el panorama que brinda Cavallo, puesto que los lectores “se definen como tales básicamente en relación con el libro” (245).

La edición en español de Ampersand fue realizada sobre la base de una primera edición en francés de *Les Belles Letres*, tomando las modificaciones y actualizaciones de las ediciones posteriores en griego y en italiano. La obra concluye con una actualización bibliográfica muy extensa que comprende una selección de estudios sobre el tema tratado publicados en los últimos diez años. Por último, se brinda un índice de nombres antiguos y bizantinos que posibilitan al lector un acercamiento al texto a partir de los individuos que allí son mencionados.